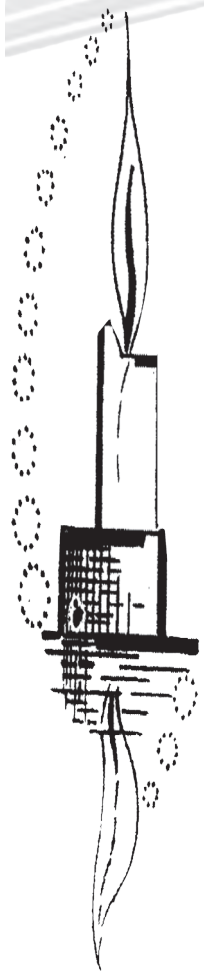
Oración familiar de fin y principio de año



Padre Dios, dueño del
tiempo y la eternidad,
tuyo es el hoy y el
mañana, el pasado y
el futuro.

Al terminar este año 2020
te damos gracias por
todo aquello que hemos
recibido. Gracias por la
vida y el amor,
por la alegría y el dolor,
por cuanto fue posible y
por lo que no pudo ser.

Te ofrecemos los
esfuerzos y trabajos que
pudimos realizar, las cosas
que pasaron por nuestras
manos y lo que con ellas
pudimos construir.

En este año marcado por la Pandemia,
te pedimos por todas las personas que
han sido, que son, y serán afectadas de
una u otra manera por el covid-19.

Te pedimos especialmente
por quienes están arriesgando sus vidas
por la salud y el sustento de otros.

Oramos junto a ellos y por ellos.
Te pedimos mires con bondad aquellos
que el mundo intenta ignorar.
Que sepan que son oídos,
que son sostenidos, que son amados.

Que en un mundo lleno de mentiras,
conozcan tu verdad.
Que en un mundo lleno de violencia,
conozcan tu protección.
Que en un mundo de pobreza,
reconozcan a tu Hijo Jesús
como el Pan de vida.

Dios de ternura, abre nuestro corazón
para iniciar este año nuevo 2021 más
conscientes y dispuestos a ayudar a
los más vulnerables y aquellos de cuyo
trabajo siempre hemos dependido.

Danos un corazón nuevo para asimilar e
impulsar lo que hemos descubierto,
con nuevas formas de ser hijos y hermanos.

Ayúdanos a que nuestra familia sea
un espacio y un ambiente donde nos
comprometamos a construir un hogar
que sea escuela de vida, formadora de
personas y de verdaderos cristianos;
un taller donde aprendamos a luchar
por una sociedad más justa y solidaria;
y un santuario donde se defienda y se
promueva la vida y la fe.

Padre, danos tu bendición para ser
testigos de tu amor en este año 2021.

Y en esta noche, unidos como familia
nos encomendamos a Ti.
Con el compromiso de vivir unidos
nos damos la bendición y un abrazo.
Concluimos rezando juntos la oración
que Cristo nos enseñó: *Padre Nuestro…*

HOJA DOMINICAL

La Semilla de la Palabra

La Sagrada Familia de Jesús, María y José

Año XX Número 997 27 de diciembre, 2020 Diócesis de Ciudad Guzmán

Jesús, el centro de nuestras familias

Hoy en este domingo celebramos la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. Y el texto del evangelio de san Lucas nos narra la presentación de Jesús en el templo. Que es la fiesta del encuentro: el encuentro de Jesús y su pueblo; cuando María y José llevaron a su niño al Templo de Jerusalén, ocurrió el primer encuentro entre Jesús y su pueblo, representado por los ancianos Simeón y Ana que esperaban con alegría la venida del Salvador.

El evangelista san Lucas describe que la Virgen y san José querían cumplir con alegría lo que estaba prescrito por la Ley del Señor. Son dos recién casados que han tenido apenas su hijo y están animados por el deseo de cumplir aquello que estaba prescrito. No es un hecho exterior para cumplir con una regla y costumbre; es el deseo fuerte, profundo y lleno da alegría de vivir como verdaderos judíos.

De los ancianos Simeón y Ana el texto subraya que estaban guiados por el Espíritu Santo. De Simeón afirma que era justo y piadoso, que esperaba el consuelo de Israel, que el Espíritu Santo estaba en él y que le había prometido que no moriría antes de ver al Mesías del Señor. De Ana dice que era una "profetisa", o sea una mujer inspirada por Dios y que no se apartaba del templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones. Estos dos ancianos están llenos de vida porque son animados por el Espíritu Santo; son dóciles a su acción y abiertos a sus llamados.

En el centro de este encuentro de la Sagrada Familia con estos dos representantes del pueblo está Jesús. Él es quien mueve todo e invita a los papás no sólo a presentar al templo y pedir el bautismo para sus hijos, sino a educarlos en la fe para que busquen encontrarse con Jesús en su vida.

La Semilla está en Internet: www.elpuente.org.mx

La Palabra del domingo...

Del libro del Génesis (15, 1-6; 21, 1-3)

En aquel tiempo, el Señor se le apareció a Abram y le dijo: "No temas, Abram. Yo soy tu protector y tu recompensa será muy grande". Abram le respondió: "Señor, Señor mío, ¿qué me vas a poder dar, puesto que voy a morir sin hijos? Ya que no me has dado descendientes, un criado de mi casa será mi heredero". Pero el Señor le dijo: "Ése no será tu heredero, sino uno que saldrá de tus entrañas". Y haciéndolo salir de la casa, le dijo: "Mira el cielo y cuenta las estrellas, si puedes". Luego añadió: "Así será tu descendencia". Abram creyó lo que el Señor le decía y, por esa fe, el Señor lo tuvo por justo. Poco tiempo después, el Señor tuvo compasión de Sara, como lo había dicho y le cumplió lo que le había prometido. Ella concibió y le dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios habría predicho. Abraham le puso por nombre Isaac al hijo que le había nacido de Sara.

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

De la carta a los hebreos (11, 8. 11-12. 17-19)

Hermanos: Por su fe, Abraham, obediente al llamado de Dios, y sin saber a dónde iba, partió hacia la tierra que habría de recibir como herencia. Por su fe, Sara, aun siendo estéril y a pesar de su avanzada edad, pudo concebir un hijo, porque creyó que Dios habría de ser fiel a la promesa; y así, de un solo hombre, ya anciano, nació una descendencia, numerosa como las estrellas del cielo e incontable como las arenas del mar. Por su fe, Abraham, cuando Dios le puso una prueba, se dispuso a sacrificar a Isaac, su hijo único, garantía de la promesa, porque Dios le había dicho: *De Isaac nacerá la descendencia que ha de llevar tu nombre*. Abraham pensaba, en efecto, que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos; por eso le fue devuelto Isaac, que se convirtió así en un símbolo profético.

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

Del santo Evangelio según san Lucas (2, 22-40)

Transcurrido el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, ella y José llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley: *Todo primogénito varón será consagrado al Señor, y también para ofrecer, como dice la ley, un par de tórtolas o dos pichones.*

Vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón, varón justo y temeroso de Dios, que aguardaba el consuelo de Israel; en él moraba el Espíritu Santo, el cual le había revelado que no moriría sin haber visto antes al Mesías del Señor. Movido por el Espíritu, fue al templo, y cuando José y María entraban con el niño Jesús para cumplir con lo prescrito por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios, diciendo: "Señor, ya puedes dejar morir en paz a tu siervo, según lo que me habías prometido, porque mis ojos han visto a tu Salvador, al que has preparado para bien de todos los pueblos; luz que alumbra a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel".

El padre y la madre del niño estaban admirados de semejantes palabras. Simeón los bendijo, y a María, la madre de Jesús, le anunció: "Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción, para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atrevesará el alma".

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana. De joven, había vivido siete años casada y tenía ya ochenta y cuatro años de edad. No se apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Ana se acercó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Una vez que José y María cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él.

Palabra del Señor.
R/. Gloria a ti, Señor Jesús.

Salmo Responsorial
(Salmo 104)

R/. El Señor nunca olvida sus promesas

Aclamen al Señor y denle gracias, relaten sus prodigios a los pueblos. Entonen en su honor himnos y cantos, celebren sus portentos. *R/.*

Del nombre del Señor enorgullézcanse y siéntase feliz el que lo busca. Recurran al Señor y a su poder y a su presencia acudan. *R/.*

Recuerden los prodigios que él ha hecho, sus portentos y oráculos, descendientes de Abraham, su servidor, estirpe de Jacob, su predilecto. *R/.*

Aclamación antes del Evangelio
(Heb. 1, 1-2))

R/. Aleluya, aleluya

En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres, por boca de los profetas. Ahora, en estos tiempos, que son los últimos, nos ha hablado por medio de su Hijo.

R/. Aleluya, aleluya